





CHARLA SEMANAL



Los hombres aficionados á las grandes epopeyas no caben en sí de gozo ante el conflicto de Italia y Turquía. Hay espíritus bélicos que no pueden vivir sin estar constantemente pensando en la conflagración europea, y esperan que de un momento á otro estalle el viejo Continente en una apoteosis apocalíptica. Indudablemente, para estos sujetos la guerra internacional sería un grande y bello espectáculo, digno de los tiempos homéricos. Por lo general, estos hombres sue-
en ser unos buenos y pacíficos ciudadanos, cuya voluntad dirigen muy á su sabor sus respetables esposas, y cuyos hijos mandan callar en visita, temiendo que vayan á decir alguna tontería.

Pero, no obstante, ellos tienen sus convicciones particulares, y no pueden sufrir con paciencia que Francia no se decida á realizar la revancha contra Alemania, y que esta nación no trate de disputar la importancia marítima á Inglaterra.

Yo sé de un señor tan compasivo que ha escrito un libro elegíaco plañiendo las agonías y torturas de los caballos en la Plaza de Toros, y que así que se anuncia una Conferencia de la paz, se dedica á escribir épicas y enardecidas epístolas anónimas á todos los miembros conferenciantes, chungueándose de sus pocos hígados y de sus contemporizaciones poco guerreras y varoniles. Estas gentes son las mismas que abominan de la liga antidue-
lista, persuadidos de que muestra la frivolidad, cobardía y decadencia de los tiempos, y que, á pesar de eso, no discuten nunca de toros ni de política por no tener una cuestión personal.

Aparece también á la circulación en estos tiempos el tipo absolutamente contrario. Este es un buen hombre, de parcas y mesuradas maneras, con luengas barbas venerables, níveas é intensas, ó la faz pulcramente rasurada, á la guisa de los pastores anglicanos, que desde el centro de una tertulia de café ó deteniendo á sus acompañantes en medio de la vía pública, bajo el azote de lluvias y otras inclemencias del tiempo, espeta unos largos discursos, todos llenos de ideas de paz y de amor, de evangelismo y de filosofía. Estos piadosos predicadores causan la admiración é inspiran el respeto de los contertulios por su bondad y mansedumbre y sus grandes ideas, dando lugar á fogosas y enconadas discusiones, apenas han abandonado la tertulia, entre sus admiradores; disputas que acaban casi siempre tirándose los servicios á la cabeza.

El caso es que ellos se despiden muy solemnemente, y hasta pueden permitirse no dar al mozo propina, fundán-

dose en que esto es un poco envilecedor y humillante para la honrada y digna clase de camareros, cuya liberación vendrá con la supresión de la servidumbre.

Pero ningunos tan curiosos como los hombres históricos, esos entes que se saben de memoria el nombre de todos los reyes, la lista cronológica de sus reinados y la fecha de todas las batallas, que han leído con fruición las aventuras del famoso é inmortal Manco de Lepanto, y no se explican cómo no se vuelve á coaligar otra grande armada para arrasar la infiel Turquía.

Con esto van ganando de tal manera los italianos, que es muy probable que la Empresa de nuestro Teatro Real no pueda poner en escena durante la próxima temporada otras obras que aquellas del viejo repertorio clásico, si no quiere ver el edificio arrasado é incendiado por las turbas antiturquescas. Sobre todo, el *Otelo* no es de creer que ningún cantante se determine á cantarle en un país tan católico como éste.

Estos hombres fanáticos, apenas ven á un alegre beodo que va tramando sus arabescos locos sobre el pavimento de las calles, se dicen para sus adentros: «¡Manes de Don Juan de Austria! ¡Esta es *Turca!* ¡Sus y á ella!»

Y comienzan á denostar al *divertido*, que se halla en aquel momento tan ajeno de llevar dentro de su estómago el morbo de muchas disensiones históricas por gracia de una pequeña picardía del lenguaje.

Los sentimentales y amadores, esos seres delicados que desdeñan y aborrecen á sus costillas porque las han visto una mañana en chanclas y con el tocado deshecho, evocan, relamiéndose de gusto, las enervadoras narraciones orientales que han leído acerca de las costumbres y constitución de los harenes, y allá en su fuero interno hacen firmes propósitos de sentar plaza voluntaria en el ejército italiano cuando llegue el delicioso momento de entrar á saco en los sagrados recintos del amor musulmán.

Nosotros tenemos el mismo pensamiento, y, apenas sepamos que la toma de las odaliscas va á ser un hecho, gritaremos con todas las fuerzas de nuestros pulmones: «¡A Constantinopla!»

Antonio Roldán.



¡Vaya un tío!

Hace unos cuantos días, Luis Aldama recibió un telegrama, el cual, *ad pedem litere*, decía:

«Su tío don Mateo, tras penosa agonía, falleció madrugada pulmonía. Van detalles correo. Le doy sentido pésame.—García.» Luis volvió á repasar el contenido del telegrama aquél, mientras su esposa, que es por cierto muy guapa y muy graciosa, fijando en su marido una mirada dulce y amorosa, le preguntó impaciente:—¿Qué ha ocurrido? —Nada, mujer, que soy muy desgraciado; que no tengo un momento de alegría; que es muy negra mi suerte, ¡está probado! que se ha muerto mi tío el de Almería, y que el proyecto de hoy ha fracasado. —¿Ya no vamos al Real?

—¡De ningún modo!

¡Ni pensarlo siquiera, criatura!
¡Ir al Real...! ¡Qué locura!
¿No ves que aquí en Madrid se sabe todo, y nos criticarían más de cuatro si algún amigo mío supiera la desgracia de mi tío y nos viese esta noche en el teatro?
—Pues yo no gasto luto.... ¡buena gana!
Porque ¿qué voy á hacer con ese traje color verde manzana, adornado de encaje, que envió la modista esta mañana? Los lutos no son más que tonterías... Si al fin fuera un pariente más cercano... pero un tío tercero.... ¡y provinciano!
—Es verdad; hay que hacer economías.

Tras breve pausa hablaron de otro asunto, y antes de media hora ni Luis ni su señora volvieron á ocuparse del difunto.

Pero al día siguiente llegó á manos de Aldama la carta del amigo del pariente que le había mandado el telegrama; y después de leerla bien leída, le dijo á Magdalena: ¡Qué le vamos á hacer: ésta es la vida!... Bien dicen que es el mundo una cadena en cuyos eslabones está unida la dicha con la pena... No quisimos anoche ir al teatro por no dar que decir á más de cuatro, y Dios, que siempre se mostró propicio para recompensar buenas acciones, nos paga aquel enorme sacrificio con más de dos millones.

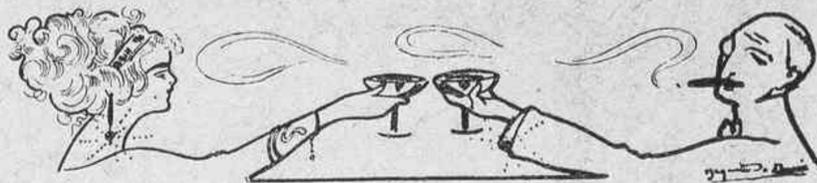
Porque, según García, como el difunto tío era soltero, y á mí, entre los sobrinos, me quería más que á ninguno, me nombró heredero de cuanto poseía; que es, aunque á ciencia cierta no estoy fijo, una ganadería, una huerta, dos casas y un cortijo.

—¡Pobre señor!—repuso Magdalena llevándose á los ojos el pañuelo, después de suspirar con *mucha pena*.— ¡Dios le tenga en el cielo!

Y hoy, cuando á Magdalena ó á su esposo les pregunta la gente que por quién van de luto riguroso, contestan sollozando *amargamente*:

—Pues, por un tío á quien quisimos tanto, que le tendremos siempre en la memoria, y que estará en la Gloria.
¡No ha de estar en la Gloria, si era un santo!

Deusdedit.



Arrepentimiento sincero.

En mi barrio, que no es de Maravillas, y tampoco lo es de las Vistillas, existe un zapatero de portal que tuvo en tiempos fama de formal, pero el mosto torció su itinerario y empezó para él el gran calvario.

Si Lucas, como así se le llamaba, tan solo cuatro copas se tomaba, se sentía tan bravo y tan guerrero que junto á él Napoleón: un cero.

Muy poco le importaba el enemigo y fuera su mujer, fuera un amigo, les atizaba felpas colosales y verdes les ponía á cardenales, por lo cual en doscientas ocasiones nuestro héroe visitó las prevenciones.

Como todo se acaba, como hay Dios, y donde hay un valiente salen dos, le llegó la contraria al zapatero y acabó su leyenda de guerrero con una buena tanda de estacazos dirigida por unos fuertes brazos.

Huyó quien le atizó á la carrera pero Lucas cayó en la ratonera, y aunque hizo mil protestas de inocencia le dieron otros palos sin clemencia.

El hombre escarmentó con la tollina, pero en cambio cogió otra *papalina* que paseó por calles y plazuelas entre burlas de mozos y mozuelas, que al verle sin *espiritu* guerrero le tomaron la trenza con salero.

A su casa llegó muy asustado y algo más de la cuenta acongojado. De pronto vió su efigie en un espejo y no se reconoció. Quedó perplejo, y, cuando se rehizo, á la cocina llegóse, y así dijo á una vecina:

—Cierre, mujer, la puerta, no sea caso que entre un borracho que he visto de paso y diga que soy yo y arme un belén del que quiero librarme por mi bien, pues como en este barrio ya es sabido que yo todas las grescas he movido aunque sea el pegado por mi fama he de ser el castigado.

Y ahora voy á sacar, si se me deja aquesta peregrina moraleja: «Cuando á uno le dan en los riñones huye hasta de su sombra y ve visiones».

Mariano Tirado Fernández.

INGENUIDAD, por Anca.



—Niño, siempre se me está quejando de ti tu preceptor.
—Mira, mamá; también se queja de él la doncella y nunca la riñes.

EN LA CAMPIÑA, por Anca.



—¡Qué hermosa es la vida de los campos, señor cura!
—Tiene razón, amigo mío. A nosotros los eclesiásticos siempre nos ha gustado

APUNTES DEL NATURAL, por Fresno.
GRAN TEATRO "LA CASTA SUSANA,"

F. Fresno



Srta. Santa Cruz.

Meseguer.

Caridad Alvarez.



QUICO

Hombre, ¿tú no sabes lo que fué de Quico?
Deseaba verte para preguntarte.
Hace ya lo menos tres años y pico
que yo no le veo por ninguna parte.
¿Que no le recuerdas? ¡Vamos! No me explico
que no le recuerdes.

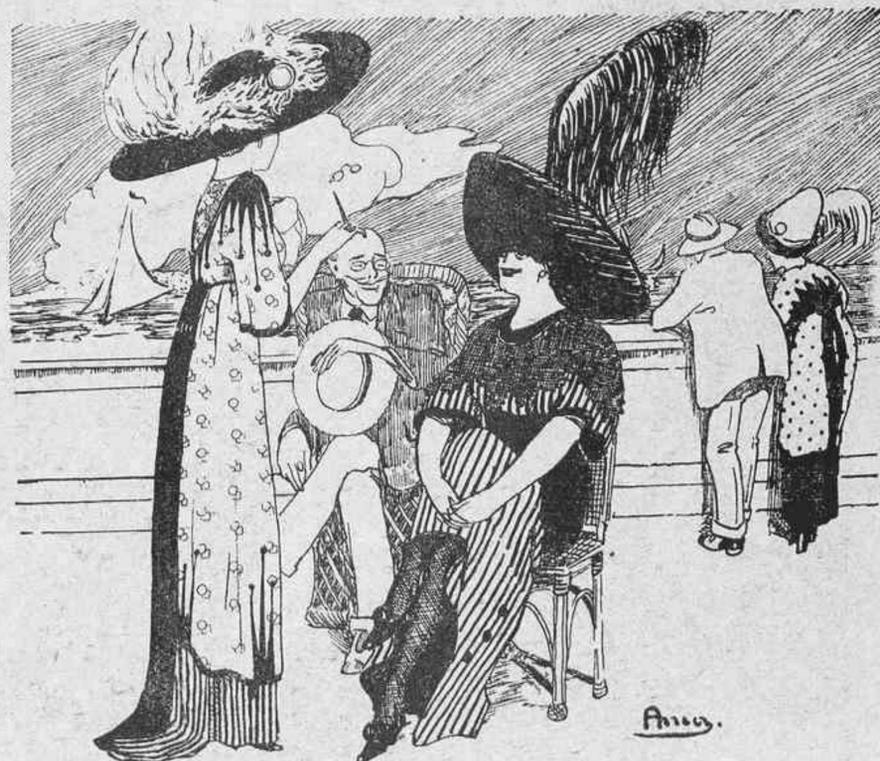
Aquel condiscípulo, Francisco Quirico;
uno jorobado, con anteojos verdes,
y toda la cara cortada de un mico.
¿Ves cómo te acuerdas? ¡El célebre Quico!
¡Era un mamarracho! ¡Pero muy buen chico!
En todos los cursos salió reprobado;
pero como nada lo tomaba á pecho,
decía con tono firme y reposado:
— ¡Estoy satisfecho!
Sería un absurdo en un jorobado
estudiar..... *Derecho*.
No le entristecía
su..... protuberancia;
Quico la lucía
casi con jactancia.
Era un jorobado convicto y confeso,
que se sonreía
cuando, señalando la jiba, decía
que no era un *defecto*, sino que era..... *exceso*.
¡Cuán grave y solemne nos contaba cómo
le dijo un anciano, mirándole el lomo:
— ¡Qué envidia te tengo, venturoso joven;
tú ya estás exento de que te joroben!

¡Y qué aficionado
á las hijas de Eva era el condenado!
¡Siempre de conquistas!
¿Ibas á las Ventas? Allí estaba Quico
con unas modistas.
¡Qué diablo de chico!
Yo, por ver la guasa que me contestaba,
una vez le dije que no me explicaba
qué diablos hacía para ir viento en popa
con todas las chicas,
y él me dijo al punto: — ¿Que no te lo explicas?
Pues..... por convidarlas, *empeño la ropa*.
Ahi tienes la clave, para que lo entiendas.
¡Ellas me prefieren por *mis buenas prendas!*
No es un mal partido, sino lo contrario,
un joven que tiene..... *un peso* diario,
y toda muchacha siente complacencia
de tener amores con *una eminencia*.
Dejaba las clases por este jolgorio,
y estaba en cuarto año..... del preparatorio,
cuando ya aburrido
dejó la carrera,
y no sabe nadie las cosas que ha sido.

El ha sido hortera,
segundo traspunte de una compañía,
oficial de mesa con un escribano,
tenedor de libros de una prendería,
corredor de cajas de tabaco habano,
inventor de un líquido de efecto seguro
que tiñe las canas de castaño obscuro,
y muchas más cosas
tan estafalarias como numerosas.
Yo no he visto nunca tipo como aquél.
¡Qué diantre de Quico! ¿Qué habrá sido de él?
En esto, acercándose, nos dijo un sujeto
que estaba escuchándonos con mucha cachaza:
— ¿Me dejan ustedes que yo meta baza
sin ser indiscreto?
Yo tengo noticias recientes de Quico.
— ¿Qué es de él?

— ¡Pues es rico!
Se ha casado en Cuba con una chulapa.
— ¿Vieja y fea?
— ¡Joven y requeteguapa!
¿Ustedes se asombran? Yo no, que es sabido
que no falta un roto para un descosido.
Son dos mamarrachos que están en su centro:
Quico lo es por fuera y ella lo es por dentro.

Carlos Luis de Cuenca.



— ¿Cómo prolongais tanto el veraneo?
— Hija ¡nos gusta tanto ver venir las olas!
— Pues á nosotras nos ocurre lo mismo, nos quedamos por
tanto *verlas venir*.

DETABULLO LITERARIO



EN MEDIO de una extraordinaria expectación con todos los honores de un acontecimiento se ha estrenado en Apolo la comedia de Gregorio Martínez Sierra *Lirio entre espinas*. Aparte del gran interés por conocer la obra de arte, había en el público algo de salacidad curiosa. Se sabía que en el episodio danzaba una monja entre las señoritas de un burdel y algunos distinguidos orangutanes de la clase de señoritos calaveras. Este brusco contraste prometía mucho y el teatro se llenó completamente.

Lirio entre espinas es una obra de poeta, y al mismo tiempo es revolucionaria y paradójica. El poeta ha puesto en ella su emoción; un sentimiento todo blanca purificadora, que la figura casta y monjil expande sobre la amargura sucia y dislacerada de la mancebía. Detrás de la cancela que separa la vida clara y honrosa de la llamada vida alegre—no sé por qué cruel sarcasmo—se apiñan las mozas de placer en un montón de almas ahitas y de carnes rendidas, en las que pesa como una losa el cansancio de la voluptuosidad, esa negra angustia subrayada por las lacerias corporales y más triste que la muerte.

Al aparecer la silueta humilde de Sor Inés hay algo en el alma de las pecadoras que se revuelve debajo del légamo y asciende en ondas sentimentales de rebeldía y de odio a su ambiente mercenario. Tal vez las ternuras pretéritas é infantiles, la bondad dormida en sus corazones de mujer, despiertan en una onda de excelsitud. *Lirio entre espinas* tiene á veces, entre líneas, una emoción gemela á la del último capítulo de *La maison Tellier* de Guy de Maupassant. He ahí el espíritu del poeta.

La fábula es interesante y sorprendente: los tipos de señoritos cretinos y juerguistas están descritos con una buida intención satírica, y la figura del señor Formal es de una bufa realidad, así como doña Tomasa, la dueña del hostel, que no quiere gastar luz en balde.

Martínez Sierra es un espiritualista y ha ennoblecido el ambiente del lupanar con su arte de suavidad y de idealismo. Tal vez esta comedia, y por esa razón, no dé la impresión cruda y amarga, lasciva y descocada que debiera dar, ajustándose del todo á una observación fría y verídica.

Lirio entre espinas es una obra pura, de bondad y de regeneración. La carne de ramera anhela una tregua de sosiego, de meditación y de pureza y arroja al arroyo al comprador insensible y torpe de todos los días.

Uno de los puntos más interesantes del estreno de esta comedia es que representa una gran batalla dada al pecatismo burgués y á los convencionalismos teatrales.

El autor ha demostrado que todo se puede decir y presentar, con buena intención artística y limpieza de estilo. Martínez Sierra ha dado renovación y dignidad al género chico. Sería cosa de preguntarles su opinión á los señores currinches. Deben de sentir un poco de terror, y en realidad tienen motivo para ello, porque sus trimestres y sus éxitos formidables se acabarían definitivamente si los literatos y los poetas, siguiendo al Sr. Martínez Sierra, abandonarían sus *torres ebúrneas* y llevarían á esos menguados escenarios de nuestros corrales un poco de emoción, de nobleza y de realidad artística.

*
*
*

Después de las imperiosas vacaciones ha reanudado sus tareas la Academia de la Poesía.

La Academia tiene vastos proyectos en pro de la cultura nacional y de la prosperidad de las bellas, y para eso nos reuniremos semanalmente unos cuantos señores perillustres.

Pero yo quiero, desde estas columnas, hacer una pregunta á la Academia:

—¿No creen ustedes, señores míos, que la corporación debe velar un poco por la dignidad y por la gaveta de los poetas de dentro y fuera del establecimiento?

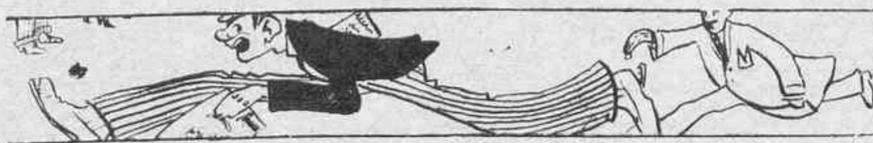
Escribir versos, no es en realidad una manera lógica de vivir; y, sin embargo, ¿por qué no ha de serlo? ¿No viven de escribir crónicas los cronistas, de hacer gacetillas los noticieros y de escribir dramas, los dramaturgos? ¿Por qué no han de vivir los poetas de escribir versos? Tanto más cuanto que todos los periódicos publican esos mismos versos.

¿Es acaso que un poeta necesita para vivir saber hacer zapatos, escribir minutas ó transportar equipajes? Me parece injusto, amigos míos. Los poetas son los que necesitan mayor independencia para el mejor cultivo de su arte.

La Academia debe arreglar esto; debe preocuparse de que en todos los periódicos se pague colaboración poética. D. Alfredo Vicenti hace lo que puede en su periódico, pero es preciso que la Sociedad Editorial le preste ayuda... y presupuesto.

Y, si no, no hay derecho á escandalizarse de que cualquier Chocano se complique en una estafa al Banco de España, ó de que un poeta lírico necesitado asesine á algún tendero bien provisto de numerario.

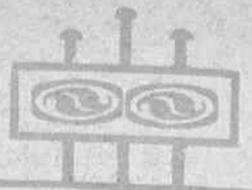
Emilio Carrere





"PELÍCULAS MADRILEÑAS,"

Letra de Pedro Baños y José Manzano, música del maestro San Felipe.
Cuarteto del masaje.



Canto
y
Piano

8^a

Triples

-- loco

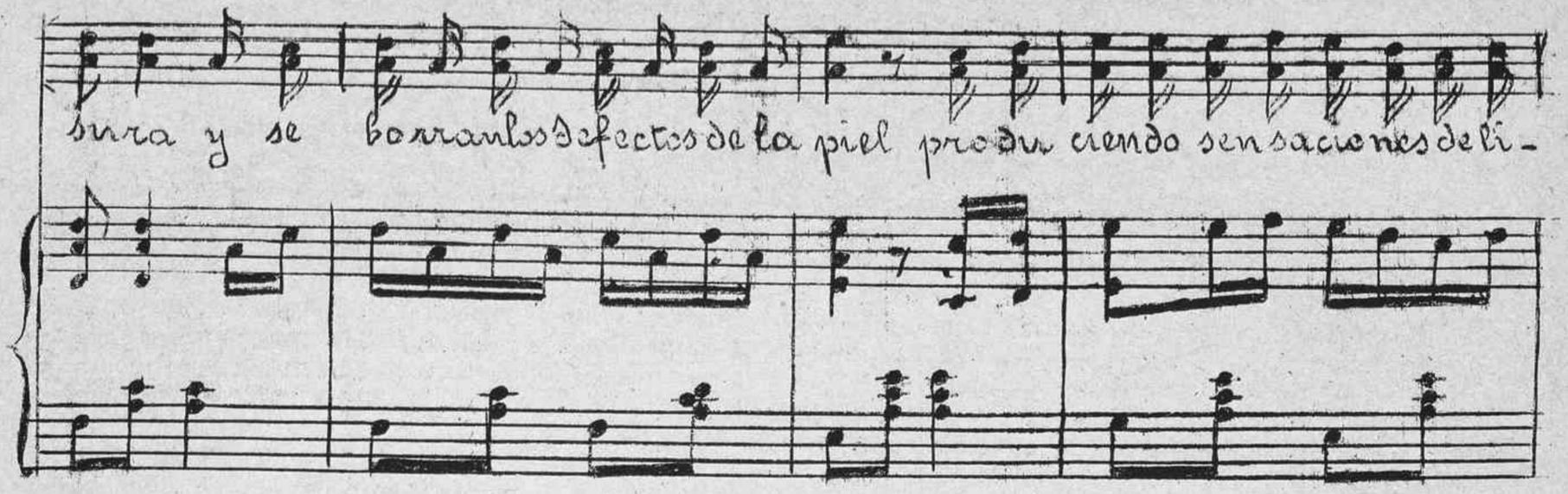
La mu- jer que pre ten da sien do her-

mosa, su be- lle za en can tos con ser ro ar de be ser so me ti da al tra ta

mien to

tra ta mien to del ma sa je, pue son el se con ser va la her mo

surra y se borran los defectos de la piel produciendo sensaciones deli-



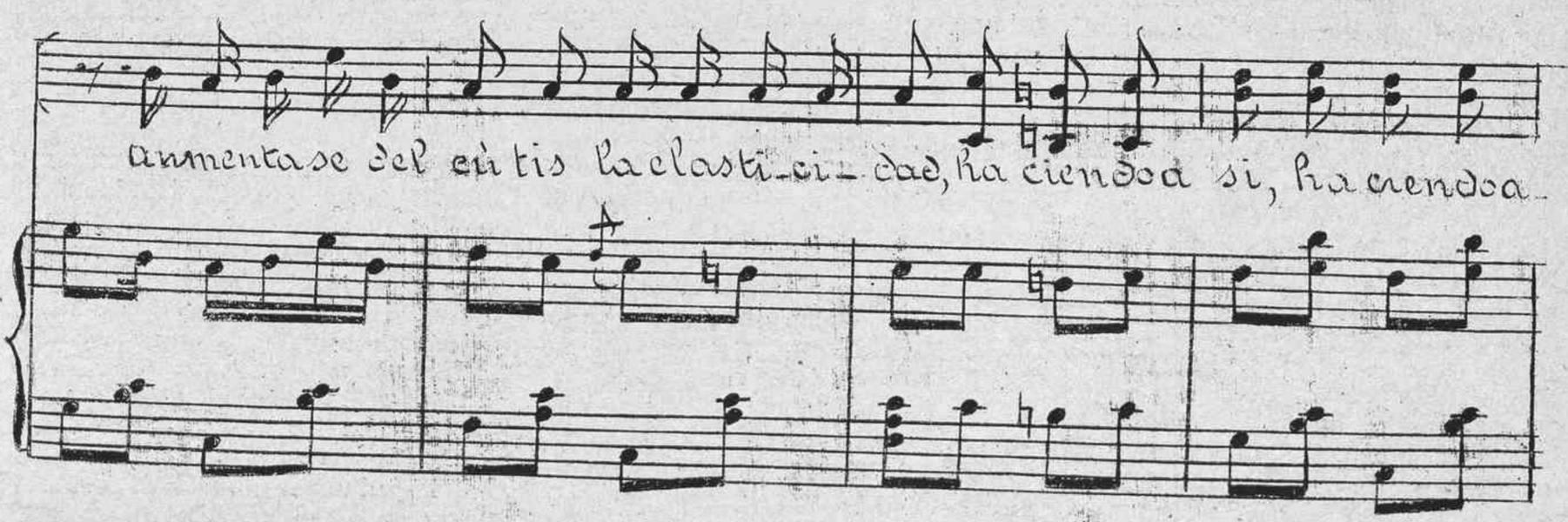
ca-das de-li ca-das de pla-cer con el mas sa-ge con el mas



sagea-mentase del cutis la elasti-ci-dad



anmentase del cutis la elasti-ci-dad, ha ciendo a si, ha ciendo a



(Continuará en el número próximo.)

❁ ❁ LOS COLEGIOS DE NIÑOS ❁ ❁

¿Acaso no has visitado, lector, uno de esos pintorescos colegios de instrucción primaria en esta extática población madrileña? Sí, sí. Seguramente, un día has tocado tu cabeza con la correcta austeridad del sombrero de copa alta, y te has encaminado á ese pequeño centro de instrucción, donde ya habías depositado á tus hijos con un alto propósito educativo.

Al llegar, te han anunciado como al *papá de Fulano* ó al *papá de Mengano* y te han conducido á un despacho donde has visto muchos libros, muchas pizarras, muchas carpetas, colocadas allí quizá con una pura intención industrial.

El director del colegio ha penetrado presuroso en la estancia y te ha saludado solemnemente, como requería la seriedad tubular de tu sombrero. Los directores de estos colegios son unos hombres especiales. Hay una leve huella de cansancio, de sufrimiento, en su semblante, un ligero balbuceo en sus palabras, una extraña inarmonía en la inflexión de su voz. Su ademán es un poco embarazoso y sus pupilas están apagadas por una rara opacidad, como si hubiera pasado ante ellas la vida en una eterna monotonía. Tú quieres encontrar un punto de contacto entre este aspecto y el continente medroso y apocado de los colegiales y entre unas jocosas complicaciones que has visto muy ingeniosamente tramadas en algún sainete.

Cuando has preguntado por el estado de instrucción de tus hijos, él los ha colmado de elogios, de tan grandes elogios, que has ido adquiriendo la persuasión de que tu apellido había venido á cumplir una trascendental misión histórica. Luego te han conducido á la *clase*. Al entrar, todos los muchachos se han erguido con presteza y precisión soldadesca.

La *clase* es una habitación enladrillada y se halla llena de unas negras mesas largas y estrechas, que tienen un banco adherido. Las mesas, sabiamente inclinadas en virtud de un precepto de carpintería, hacen que los niños mantengan el cuerpo encorvado, el pecho hundido y la cabeza abatida sobre el pupitre. Sólo la alegría triunfante de la infancia puede llevar con resignación esta tortura inquisitorial. Al fondo de la sala, otro pupitre más amplio y más elevado mantiene ante las mesas su prestigio doctoral. Des-

de allí el profesor pasea su mirada— sólo entonces centellante — sobre las cabezas juveniles que se esconden y agazapan ante la olímpica severidad.

Tú has deseado presenciar los ejercicios cotidianos y éstos han comenzado.

Y ahora vamos á decir una cosa absurda. La instrucción de estos niños está basada en un procedimiento musical. El director los ha congregado alrededor de su alto pupitre, y á una señal imperativa de su puntero-batuta todos han prorrumpido en una donosa tonadilla. La letra de esta tonadilla componían las cuatro reglas aritméticas.

¿Qué extraña relación — te has preguntado — puede existir entre el estudio de esta ciencia y este cántico infantil y unísono? Y de deducción en deducción has comprendido que con esta manera maravillosa de enseñanza colectiva, midiendo y valorando con una escrupulosa equidad la reunión tan variada y multiforme de pensamientos, el maestro alcanzaba un alto fin: el de que los muchachos no torturaran su inteligencia calculando las cantidades de una manera que no fuese numéricamente correlativa.

En los ejercicios de Historia, de Gramática, de Geografía, de Moral, el canto adquiere otras tonalidades y matices. Has oído á la risueña masa coral recitar como una letanía una larga serie de reyes, una larga serie de batallas y acontecimientos, pasando con un sano desdén sobre la esencia, sobre los fundamentos, sobre las ideas, sobre las enseñanzas históricas iniciales de todas las civilizaciones y todos los progresos. Mas relaciones de límites, de ríos, de montañas sin abrumar á los niños con esas estupendas noticias de carácter, de ambiente, de comercio, de industria, de agricultura. Y todo ello amenizado, dulcificado por esa grata música que se desprende mágica de la simbólica batuta.

Los niños poco filarmónicos tienen varios medios para no cooperar al conjunto musical: marchar, previa licencia, á la fuente doméstica, donde en un jarro de hojadelata beben cincuenta bocas; mirar á la calle, generalmente lóbrega, y merecer un castigo que en todos los casos es siempre un descanso.

Ha terminado la clase y has salido á la calle con tus hijos, altamente satisfecho y pensando con una protectora compasión en esos hombres,

algo idealistas, que gastan generosamente su vida en escribir unas cosas de pedagogía que tú crees misteriosas, inexplicables, irrealizables en este buen país del Dómine.

**

Has pasado á otra clase y allí has conocido á D. Francisco. D. Francisco el profesor de Latín. Sus costumbres, las siguientes:

Abre pausadamente la puerta y penetra en la clase. Los muchachos hacen un ademán de rígida compostura y saludan á D. Francisco con cierto tonillo cadencioso y prolongado.

D. Francisco toma asiento en un amplio sillón, extrae del bolsillo un pañuelo de nítida blancura que desdobra cuidadosamente, y limpia con él sus grandes quevedos.

¿Podéis imaginaros un señor que inspire más viva simpatía que este señor D. Francisco? Este señor es ya viejo, de elevada estatura, facciones angulosas; usa un bigote cano y una pequeña mosca, y lleva el cabello peinado hacia atrás. En su fisonomía hay un algo que tal vez sea resignación, tal vez desdén, tal vez indiferencia, tal vez cansancio, tal vez calma, tal vez austeridad, tal vez templanza, pero que nos hace pensar en un espíritu adormecido, en un espíritu estéril, en un espíritu donde no hay concepción, donde no hay creación; en un espíritu que en nada se asemeja á un espíritu, y en un corazón infranqueable para la vida...

D. Francisco demanda un libro que coloca delante de sus quevedos, y con voz grave pronuncia esta frase terrible: «Señor Fulano, dígame usted la lección». El señor Fulano, como el señor Merengano, como el señor Perengano y los demás alumnos, no acostumbra á saber su lección. Estos señores, que no conocen la gramática castellana, sienten una extraña aversión hacia la gramática latina, no obstante las discretas razones pedagógicas de D. Francisco, que eternamente preconiza la utilidad de su estudio.

A D. Francisco no le arredra la desaplicación de sus discípulos. Antes bien, sonríe bondadosamente y comienza á declamar con cierto dejo insinuante todas las reglas gramaticales que aquel libro marca. Los muchachos repiten á coro una hora, dos. Al cabo él cierra el libro con fingida severidad, y de unos pedazos de papel hace unas grandes

orejas de asno que donosamente coloca sobre las orejas de los muchachos.

Y cuando el señor Fulano y el señor Mengano y el señor Perengano han leído y traducido las cartas de Cicerón, y quizá algún trozo clásico, D. Francisco abre otra vez pausadamente la puerta de la clase y sale, probablemente convencido de que, sin su auxilio, aquellos señores vivirían en la más lamentable ignorancia. ¿No te hace pensar esto en las donosas orejas de asno, lector?

En este bello y dorado otoño, término de la encantadora frivolidad estival, se celebran trascendentalmente en nuestros institutos esos curiosos, pintorescos, sensacionales exámenes de ingreso al Bachillerato, gloriosa coronación de la fecunda enseñanza primaria.

El cronista ha concurrido á estos exámenes guiado por un tierno amor á la infancia, y los ha presenciado con un ligero asombro, con una extraña estupefacción. Había oído, había leído unas doctas y profundas reflexiones acerca de lo que debe ser la educación infantil, de su importancia para el hombre, de su importancia nacional, de su influencia social y aun de su trascendencia histórica. Sabía cómo esta instruc-

ción ha de ser la peña cimentadora, base de una fuerte, vasta y gloriosa construcción moral, intelectual, científica, artística, social, fisiológica. Y he aquí que la amada, la florida é inquieta señorita Ironía ha puesto en su oído el cascabeleo de una risita adorable.

Hanse abierto las puertas del aula, y á una voz del bedel ha penetrado la bandada de pequeños escolares, tímidos, trémulos, como si esta irrupción en la estancia conventual y austera simbolizara esa otra irrupción en los intrincados caminos de la ciencia.

¿Habrà el cronista de estar eternamente condenado á ver tan solo la frivolidad de las cosas? Los grupos de muchachos tocados con sus trajes de marineros, sus claras chalinas flotantes, sus ademanes aturridos, diablescos, han puesto en la austeridad de la sala un raro perfume de primavera, de exotismo, de poesía en fin.

Y han comenzado los exámenes. Un señor de blanca barba patriarcal é intonsa á lo sabio ha convocado á los jóvenes, llamándolos con una entonación bondadosa y protectora. Quizá la seriedad, la gravedad doctoral, no comience hasta llegar el terrible, el supremo instante de las declinaciones latinas.

¿Qué bagaje de conocimientos

traen estos niños de nueve, de diez, de once años á lo sumo? Estos niños saben multiplicar por dos cifras, tienen alguna noción de las evoluciones de nuestro planeta en el espacio, conocen los límites de España y una larga cronología de batallas y reyes, y han repetido muchas veces unas abrumadoras reglas y preceptos gramaticales. Y en sus pobres cabecitas atormentadas guardan ese tesoro de sapiencia para venir á volcarlo ante ese piadoso tribunal examinador. Más tarde, apenas abierto el curso universitario, estos niños de once, de diez, de nueve años penetrarán en la intrincada gramática latina, en el álgebra imponente, en la lógica. ¡Dios mío, en la lógica! ¡Y en todas esas asignaturas pavorosas, estremecedoras! ¡Ohé qu dolor, saber á los diez años que la Tierra es como una molécula integrante del Cosmos, y no saber que sobre la tierra hay flores; haber vegetado en la clase aprendiendo lenguas muertas y olvidando cosas vivas! ¿Y para eso hay una palabra sonora, pomposa, casi egregia, que se llama Magisterio?

¡Oh Señor, querer ser pedagogo serio y sólo poder ser pedagogo pueril!

Constantino AMADOR

Cuadros madrileños

Cara al Sol

—Sacuda *usté* la tohalla *pá* otro *lao*, señor Quiterio, qn' el aire expulsa p' acá *tóo* lo que recibe el lienzo, y esto es un parque *zolóxico* en vez d' establecimiento de relojería.

—¡Vaya!
¿No es *usté* señor Canseco, poco escrupuloso?

—¡Claro!
Como qu' ahora mismo tengo que desarmar est' Omega por que me s' ha *colao* dentro un oso blanco y me para la maquinaria.

—¡Lo menos!
—Mude *usté* la barbería *pal lao* d' abajo.

—No quiero.
La parroquia me conoce en este sitio hace tiempo, y no traspaso el local, —*heredao* de mis abuelos... *manque* me diera el alcalde plantilla de barrendero.

—*Pós* colóqu' unas vidrieras, ya que las *tié usté* apego, *ú* domestique á los bichos que no molesten

—Recuerdos á la familia.

—¡Mi madre!...
Con *cuidao*, señor Quiterio, qu' eso no es una navaja, es un serrucho.

—¡Hombre, bueno!
Veste á que t' afeiten en la Puerta del Sol, sóo *méndigo*.

—¿*Tié* *usté* un reloj de señora baratito?

—¡Ya lo creo!
¿Sirv' así?

—¿No lo *tié* *uste*, *manque* sea de más precio, de más *novedaz*?

—La nuez con *cuidao*, señor Quiterio.
—¿La sirv' éste?

—¿Cuanto vale?

—Este reloj se lo vendo á *usté* porque m' ha cojido d' humor; pero, este, lo tengo yo en más estima, si cabe, qu' uno de mis cuatro remos. Este *pá* qu' *usté* lo sepa, *tié* pero *muchísimo* mérito. ¿*Usté* s' acuerda d' un robo qu' hubo hace un año, lo menos, en la Castellana, en *cá* d' una *cocote*?

—Recuerdo d' haber leído en el papel por entonces el suceso.

—Decían qu' era *usufruta* d' un senador, y qu' luego, ella tenía un pariente con coleta, qu' era un fresco,

y, como la chica estaba...

—¿Fría ó caliente?
—Del tiempo

—Ciega por él no veía qu' era un banlido el torero. Y *áhi* *tié* *usté* la procedencia d' ese reloj.

—Bien. El precio es lo qu' á mí m' interesa.
—Dé *usté* dos duros.

—¡Por eso!
¡Dos duros por una caja de betún! ¿*Tié* *usté* el *celebro* en su sitio?

—¿Cuanto dá *uste*?

—Tres pesetas,
—Menos dá una piedra.

—Trece reales ¿hacen?

—Suba *usté* ..
—Ni un perro.

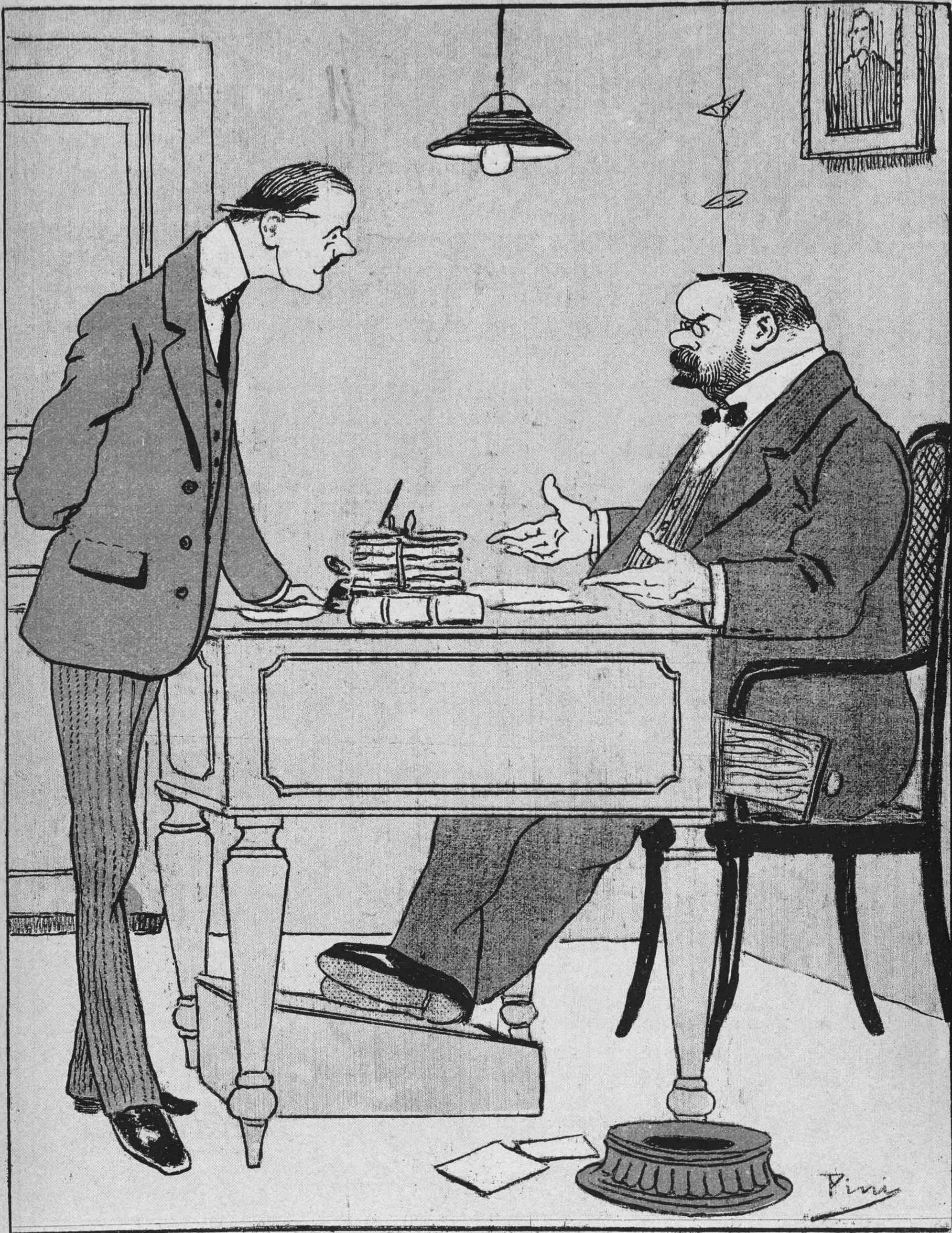
—Suba *usté* por *áhi* p' arriba y, en un recodo, hácia el centro de la calle, hay un despacho de cordilla, el mondonguero es amigo y sirve bien; gástese *usté* allí esos perros qu' el hambre dicen qu' es negra.

—¡Qué modales! ¡Qué *correzto*! ¡Qué fino *pá* las señoras!

—Ande *uté* por *áhi*, pellejo. ¡Trece reales un Longines! ¡Ni que *Juá* *robao* el género!!

Aurea Gamba

EN LA OFICINA, por Pini.



- ¿Qué significa esto? ¿Quién es aquí el jefe, usted ó yo?
- Estoy persuadido de que yo no lo soy.
- Pues si no es usted el jefe, ¿por qué hace tantas estupideces?



—¿Cómo va á ser, grande ó chica?



PLUMADAS

Me parece que el cabo Juan Cemento no ascenderá á sargento. ¡Y debe ser muy triste y muy amargo ser un *cabo tan largo!*

—¿Tú por qué no te casas con Soledad, si es buena, y tiene un cuerpo que es ideal?
—¡Ay, Don Vicente, no me caso por eso precisamente!

La burra del señor Pedro ha atropellao á una suegra; ¡después dirán que las burras no tienen inteligencia!

Si al pasar por la calle ves una gresca, como no lleves palo... ¡no te entrometas!

¿Sabéis lo que conservo de aquel noviazgo? un besito, una carta... ¡y un estacazo!

¿Conque quieres saber, gentil Charito qué cosa es el amor? Acércate... y ten mucho cuidadito no te falte el valor

José López Jiménez

Es el señor don Arturo hombre que todo lo sabe: prudente, discreto y grave nunca se va del seguro. Del problema más obscuro suele él hacer tabla rasa; se entera de cuanto pasa al minuto y al segundo. en el universo mundo... pero ha arruinado su casa.

Dijo un día á Fructuosa, en cuanto la vió D. Pío. Se parece usté á la esposa de un íntimo amigo mío. Y ella que es, á mi entender, algo dura de mollera, contestó... no puede ser; ¡ni le conozco siquiera!

Fausto Taracena.

CANTARES

En la posada del mundo, tabique por medio, habitan doña Vida y doña Muerte, como dos buenas vecinas.

No extraño yo que tu madre de mí y de todos te escondá; las perlas hay que buscarlas escondidas en su concha.

Pisé un hueso de cereza y lo pisé con desprecio; pero me hizo dar de bruces... no hay enemigo pequeño.

Tiene la que yo quiero cara trigueña, y su alma la blancura de la azucena.

N.

F. T.—Su conversación política trasciende á filosofía. Además, para hablar de esas cosas hay que sutilizar mucho el ingenio. Aquí sólo practicamos la sana y amable filosofía del regocijo.

J. L. J.—Quedan las *Plumadas*.

R. P. del T.—No se meta usted con los poetas mediocres. ¡Déjelos vivir! ¡Son los pobrecitos tan pintorescos y tan inofensivos! ¿Por qué tienen ustedes la monomanía de demoler antes de cimentar?

F. A. B.—Los versos son sonoros y tienen un sentido fondo moral. Pero son tan tristes, tan tristes... Explote la vena cómica si puede.

E. P.—Publicamos, como habrá visto la composición «El Intruso». Nuestra modesta opinión es que debe seguir por ese camino. La historieta que ahora remite es demasiado inocente.

A. R. de T.—Su croniquita es muy sentimental; pero, ¿á qué fin en este periódico, ir á buscar el encanto en el *alma encantadora de París*, teniendo también aquí en Madrid nuestra alma encantada?

M. T. F.—Como verá, se publica con gusto.

Julio De Hache.—Barcelona.—Su composición titulada «Simbólica» tiene algunos defectos de medida. Procure corregir en otras composiciones este importante detalle y mande lo que guste.

E. S.—Cartagena.—Por Dios, amigo, mide usted por un sistema completamente convencional y hecho quizá para su uso escluxivo. Además, la sanguijuela, ese bicharraco, de hoy más, se nos hará doblemente odioso. ¡Hallarse entre losversos de V. y no chupar alguna de sus silabas! He aquí una alimaña enemiga declarada de la forma poética, como otras muchas más sanguijuelas que todos conocemos.

F. T.—Por esta vez irán *Menudencias*. La «canción del ruiseñor», imposible. Amigo mio, la métrica tiene sus tiranías.

A. G.—Véalo publicado.

M. G.—Nos envía V. un inventario de los objetos que contiene en sus bolsillos. Debemos advertirle que ni nosotros tenemos la costumbre de hacer una filiación de nuestros colaboradores, ni les consideramos como temibles anarquistas para violar el secreto de sus papeles y correspondencia.



MUY EN BREVE

introducirá MADRID COMICO

grandes é importantísimas reformas, tanto en su parte material como en la artística y literaria.

Colaboración de las más renombradas firmas.

Se publicarán las nuevas secciones siguientes:

La caricatura contemporánea por el notable escritor **José Francés**.

Del corazón de la mujer (aventuras sentimentales) á cargo de nuestro redactor **Antonio Roldán**, con una *Correspondencia de Intimidades femeninas*.

Continuará la publicación de *Retablillo literario*, por el notable poeta **Emilio Carrére**.

De la *Charla semanal* se encargará el culto y distinguido cronista **Pedro de Répide**.

Crítica de teatros, con una amplia y detallada *información teatral*. Fotografías de las más culminantes escenas de las obras que hayan conseguido el mayor éxito. Retratos de los artistas y caricaturas, por el genialísimo **Fresno**.

Cuatro páginas de música *encuadernables* con las piezas modernas más populares y en boga.

Folletín sensacional.—«**El Caballero encantado.**»

Cada capítulo estará encomendado á uno de nuestros escritores festivos de más fama y reputación literaria.

Poesías, artículos en prosa, informaciones pintorescas y festivas, caricaturas de los dibujantes más celebrados.

AUMENTO DE PAGINAS

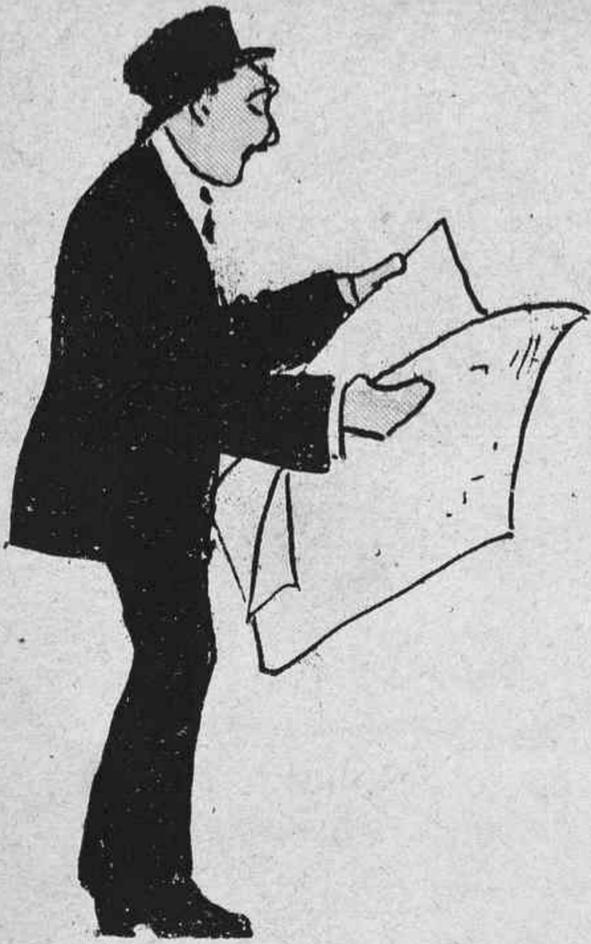
P R E C I O D E L N Ú M E R O

20 céntimos.

Léase los miércoles

— — — ¡Ahí vá! — — —

periódico que ha sido acogido con un ruidosísimo éxito.



Para corbatas bonitas,
¡la Prensa lo reconoce!,
no hay como la casa
Mariana Pineda, 12.



¡Haberlo pensado tanto
y no caer en la cuenta!
Para comprar buen calzado,
en la casa de ¡Eureka!
Cedaceros, 11.



Jamás vi cuerpo tan bello.
Yo lo aseguro, á fe mía,
que habrá comprado el corsé
en la gran corsetería.
Bordadores, 9.

PETROLEO

GAL

PARA EL PELO = ARENAL 2.

